

Transversal
José García Montalvo

Colaborador de
Economía de la UPF

Desigualdad y democracia



Se ha convertido en un lugar común conjeturar que el drástico aumento de la desigualdad supone un peligro para la democracia y fortalece los extremismos políticos. Este debate, que tiene una larguísima tradición en la literatura académica, ha sido resuelto con facilidad por los opinadores de turno: es obvio que la desigualdad pone en peligro la democracia, por lo que no hace falta ninguna evidencia. De hecho, en estos momentos cualquier problema parece ser causado por la desigualdad. Los políticos no lo tienen ni mucho menos tan claro. Trabajos publicados desde hace mucho tiempo, incluido un estudio reciente en el *Annual Review of Political Science*, concluyen que no hay evidencia de que la desigualdad erosione la democracia y la haga fracasar. La desigualdad no es condición ni necesaria ni suficiente para observar un proceso de desintegración institucional de las democracias. Sin embargo, la batalla mediática está perdida, hasta el punto de que algunas instituciones económicas internacionales parecen aceptar el argumento como un acto de responsabilidad social corporativa mal entendida, dado que ni ellos mismos parecen creérselo a juzgar por sus actos: siguen proponiendo la misma receta de siempre.

Tomemos, por ejemplo, el caso de la Unión Europea. La realidad es que entre los países con importante voto a partidos populistas se encuentran territorios con niveles de desigualdad muy diferentes. En países con los menores niveles de desigualdad de Europa, como Finlandia, Austria, Bélgica o Dinamarca, los partidos populistas tienen los porcentajes de voto más altos de la UE, con excepción de Hungría y Polonia. El segundo hecho es que los populistas ganan peso en el tiempo en la práctica totalidad de los países, inde-

pendientemente de la evolución de la desigualdad. De hecho, el enorme crecimiento del peso de los partidos populistas en los últimos años ha coincidido con una desigualdad que en la UE prácticamente no ha variado. Ambos hechos, la desconexión entre la desigualdad de los países y la proporción de populistas en sus congresos y una evolución temporal desconectada de la evolución de la desigualdad, son contradictorios con la visión simplista de la desigualdad como origen del populismo y las amenazas a la democracia.

Pero ¿no había aumentado tanto la desigualdad? ¿Cómo es que con tanta fanfarria sobre el enorme crecimiento de la desigualdad los datos en la UE no lo recogen? Gran parte del problema está en la analogía simplista del rápido y persistente crecimiento de la desigualdad en Estados Unidos aplicada al resto de los países desarrollados, a pesar de que el último informe sobre desigualdad en el mundo del World Inequality Lab lo deja muy claro: la desigualdad en Europa es bajay crece muy lentamente.

Un ejemplo de exageración para enfatizar la desigualdad se puede encontrar el Programa de Estabilidad 2019-2022 que España presenta a la Comisión. En la página 7 se habla del "la alta tasa de paro y del aumento de la desigualdad en los últimos años en todas sus dimensiones (salarios, rentas, consumo, riqueza...)". Cualquiera que lea esta frase sacará la conclusión de un país en situación catastrófica. La realidad de los datos es muy diferente. La desigualdad del salario por hora en España es similar a la de la UE. La desigualdad del salario mensual en España es superior a la UE por el exceso de trabajo a tiempo parcial. La desigualdad de la renta per cápita en España es alta debido al alto nivel de desempleo (que explica entre el 85% y el 90% de esta), pero la desigualdad en renta familiar total es menor. Y la des-

igualdad de la riqueza en España es significativamente inferior a la media de la UE. Es interesante también señalar que durante la crisis que comenzó en 1992 los niveles de desempleo y la desigualdad de la renta subieron de forma similar a como ha pasado en esta crisis y luego la desigualdad volvió a bajar con la reducción del desempleo, similar a lo que lleva sucediendo en España desde el 2014. En el 2017 se ha vuelto al nivel del 2011. Sin embargo, en la crisis de los noventa no surgieron partidos populistas, a pesar de presentar una dinámica de la desigualdad similar y tener un sistema democrático mucho menos maduro.

Hece unos días, en una entrevista en *La Vanguardia*, Anthony Giddens apuntaba con claridad a la revolución digital como la causa del populismo. El miedo a los consecuentismos de la automatización y la revolución digital ha sido aprovechado por los partidos políticos para polarizar la sociedad sobre temas que no son económicos: la inmigración, la identidad, etcétera. Las redes sociales han colaborado significativamente a acelerar y agudizar la polarización. Como nuestros amigos en Facebook piensan todos como nosotros, nos reafirmamos más en nuestras convicciones y nos separamos más de los que piensan diferente. Hace unos días una amiga sueca me comentaba que todos sus amigos de Facebook pensaban de forma similar a ella con la excepción de una persona que votaba a un partido de extrema derecha sueco. En un primer momento pensó en bloquearlo, pero luego decidió que esa era una forma de saber qué pensaba otro grupo de gente, por otra parte numeroso.

Es la polarización política la que erosiona la democracia, y, por desgracia, las leyes no son suficiente protección. Las constituciones están reforzadas por dos normas no escritas: la tolerancia mutua (el contrincante político no es considerado enemigo) y la contención institucional (no buscar atajos para evitar los controles de los otros poderes del Estado), como señalan Levitsky y Ziblatt. Pero ambas normas se están vulnerando de manera acelerada. En Estados Unidos Trump intenta zafarse del Congreso firmando órdenes ejecutivas y el bloqueo del Senado es cada vez más frecuente. En España ya se firman decretos leyes hasta en periodos electorales y se rompen normas no escritas sobre nombramientos de senadores. Es la polarización política de la era digital la que está matando la democracia. |



Relectura
La desigualdad no es condición ni necesaria ni suficiente para observar un proceso de desintegración institucional de las democracias



OPINIÓN

Jordi Maluquer de Notes
Efectos económicos de la equidad
P. 6

Francesc Raventós
¡África, África!, el continente olvidado
P. 7

Jaume Puig
La distracción y lo relevante
P. 16



Clase business
J. Martín